

# La Intervención Francesa y su Bernal Díaz \*

Por Ernesto DE LA TORRE VILLAR

Entre los elementos que enriquecen notablemente la historiografía clásica se cuentan, sin género de duda, los testimonios que no siempre voluntariamente sino en forma directa dejaron los participantes o actores de los grandes acontecimientos históricos. Esos testimonios vertidos en diarios, memorias o cartas, representan los auxiliares más valiosos con que el historiador cuenta para construir e interpretar una época dada, una circunstancia precisa que no vuelve a repetirse. Valen mucho más en la medida en que en ellas se encuentra el deseo de describir, analítica o sintéticamente, un acontecer visto, sufrido y realizado, y esa descripción está hecha con plena autenticidad, con espontánea naturalidad llena de frescura y de vida. No marchita su frescor ni trunca su sentido vital el que la narración se haya originado por razones diversas. La vida tiene por el hecho de serlo, numerosas motivaciones, y éstas son las que determinan nuestras acciones y por tanto nuestros testimonios.

Largo y fuera de sitio resultaría el análisis y enumeración de diversas fuentes de tal naturaleza. Desde que Herodoto describió en maravillosas páginas sus impresiones del mundo que circundaba su patria y su cultura, y tomando en cuenta la casi fabulosa narración de *El Millón*, que reveló a los ojos de los inquietos europeos el resplandeciente espectáculo de países exóticos, hasta el diario maravilloso en que Pigafetta narra con asombrosa y profunda sencillez el primer viaje alrededor del mundo, mucho se escribió. Con Pigafetta, Vesputio y Colón se abre un nuevo capítulo en la historiografía universal, en el que van a aparecer numerosísimos testimonios acerca de los más importantes acontecimientos de la vida americana. México con Hernán Cortés tiene un representante de primer orden, por ser él el director de la conquista; mas interesado como pudo estarlo en hacer resaltar sus propios méritos, la versión de la empresa conquistadora que uno de sus capitanes escribiera resulta más atractiva y natural.

Es indiscutible que la *Historia verdadera de la Conquista* de Bernal Díaz posee la genuina sencillez y la auténtica espontaneidad de un soldado, de mucha calidad, pero soldado, y es a través de ella como recreamos el encuentro de dos mundos y dos naturalezas que, con extraordinario estupor de una y otra parte, chocaron en feroces encuentros y se unieron en forma tal que sin poder separarse ya, de ahí en adelante, ni se distinguen uno del otro.

Bernal Díaz, capitán español que recorre el Imperio Mexicano de asombro en asombro, nos legó en prosa deleitosa la visión del México indígena que le tocó contemplar y la descripción de su grandeza y costumbres, de sus edificios y habitantes y también del atronar de los tambores y teponaztles, de la gritería y ayes de los combatientes y del olor a copal, a pólvora y a sangre.

Si esa intervención militar que nos dominó y sujetó a España durante varios siglos tuvo sus intérpretes, la Intervención Francesa ocurrida en la segunda mitad del siglo XIX contó también con los suyos. Uno de ellos, el que nos atrevemos a comparar, *toute proportion garde*, con Bernal Díaz, es un soldado, un zuavo llegado a México con las fuerzas francesas, y quien como Bernal, ávido de aventuras, recorrió el país, tomó parte en numerosas acciones militares aspirando el polvo y el fuego, y contemplando con ojos extrañados, mas muy abiertos, a los mexicanos y sus formas de vida, sus ciudades y su resistencia a ser dominados.

Paul-François Auguste Roze, mejor conocido por su último nombre, Auguste, es nuestro personaje. Nació en Tonnerre el 8 de junio de 1842. Educóse en su villa natal y en el Liceo de Sens en donde adquirió el gusto de la lectura y la capacidad y la voluntad para la composición escrita, características de la educación francesa. Inteligente y decidido y de temperamento vivo y travieso, mostróse en su juventud ligero, indisciplinado, amante de las aventuras y rebelde a las convenciones, sin perder por ello la consideración y el respeto hacia su familia, a la que siempre permaneció entrañablemente ligado. Mucho debió pesar en él su espíritu inquieto para darse de alta, for-

zando tal vez por su familia, en la milicia, y sobre todo entre los zuavos, donde se enrolaban los entonces llamados "cabeza dura".

Su condición de soldado no le privó de su carácter sensitivo y observador y de sus inclinaciones literarias y filosóficas manifestadas en un francés ágil y expresivo. Ya en el ejército lamenta la carencia de buenos libros y su tiempo libre lo ocupa en escribir a su familia —a su padre principalmente— numerosas cartas en las que, además de las preguntas rituales sobre la salud de sus parientes y amigos y los recuerdos de rigor, nos deja asomarnos dentro de él y contemplar no sólo su alma, sino todo aquello que veía: lugares y hombres extraños.

Antes de los 17 años ingresa al ejército y sus primeras armas las practica en Argelia a partir de 1859. Miembro del Segundo Batallón, Tercera Compañía del Regimiento de Zuavos, parte a México en el año de 1862. Desde Argelia envía a su padre diversas cartas en las que pinta la vida penosa y dura del soldado. En México continúa esa costumbre que le liga con los suyos ya tan distantes, y le permite mantener a través de esa unión un mayor interés por la vida. Es en ellas en donde encontramos expresada la experiencia de un joven de apenas veinte años en México y la visión que de este país obtuvo.

En una carta escrita en Constantine, Argelia, el 18 de junio de 1862, es en donde habla por vez primera de su próximo viaje a México, al que ve con entusiasmo. "Plegue a Dios que así sea —escribe, y adelante agrega—: el rumor de esa partida y las promesas del capitán han detenido mi intento de cambiar de cuerpo." En otra dice: "Querido padre, no temas nada. El destino obrará para mí como para otros. La expedición que vamos a emprender será dura, la temperatura bastante cálida, pero después de haber hecho treinta días de marcha en África en medio de terribles calores, creo podré soportar el calor mexicano."

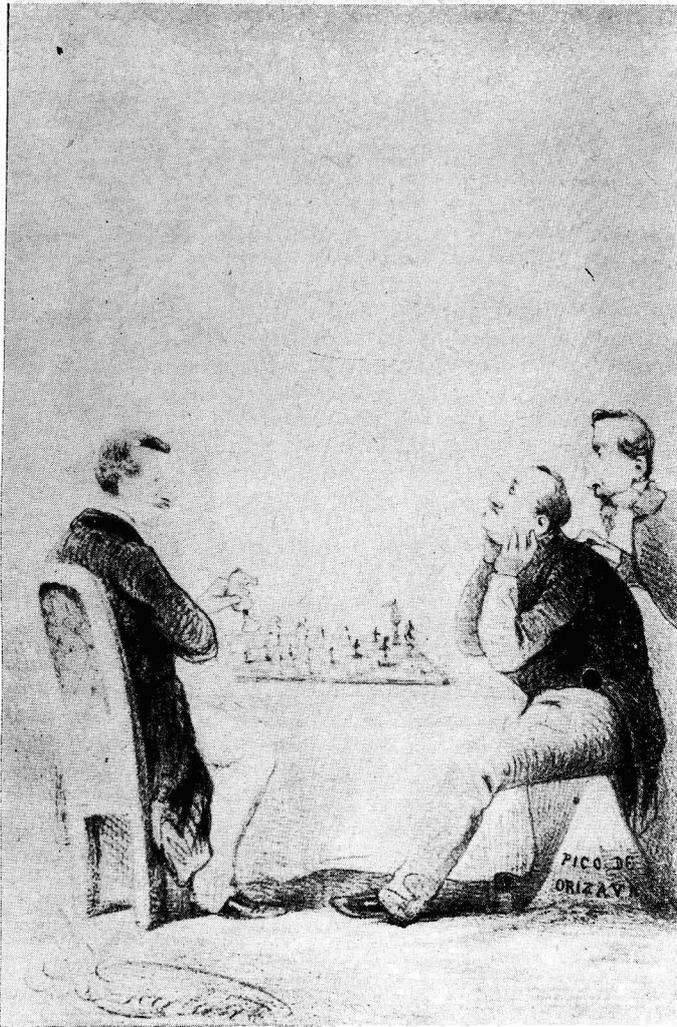
Al alejarse del Viejo Mundo siente que la distancia que le separará de su familia será más penosa, y para mitigarla pide a su progenitor un retrato de familia y él a su vez le remite uno excelente suyo, diciéndole: "Pues si yo permanezco allá para cultivar el tabaco o cosechar racimos de plátanos, tú me podrás ver seguido y te figurarás estar viendo a tu hijo a los veinte años... —y añade—: Adiós querido padre, antes de separarme aún más lejos de ti, te beso mil y mil besos, así como a mi pobre madre que va a estar consternada de tristeza al pensar en mi lejanía y en los peligros que me van a rodear; pero que ella recuerde que el junco se dobla pero no se rompe, y que un zuavo joven es como él."

A bordo del "Moselle" arriba a México. En el estuario del Río Jamapa, cerca de Veracruz, se efectúa su desembarco y su primera noche la pasa añorando su hogar distante, rascándose las picaduras de los zancudos y admirando extrañado los cocuyos que volaban continuamente en torno suyo.

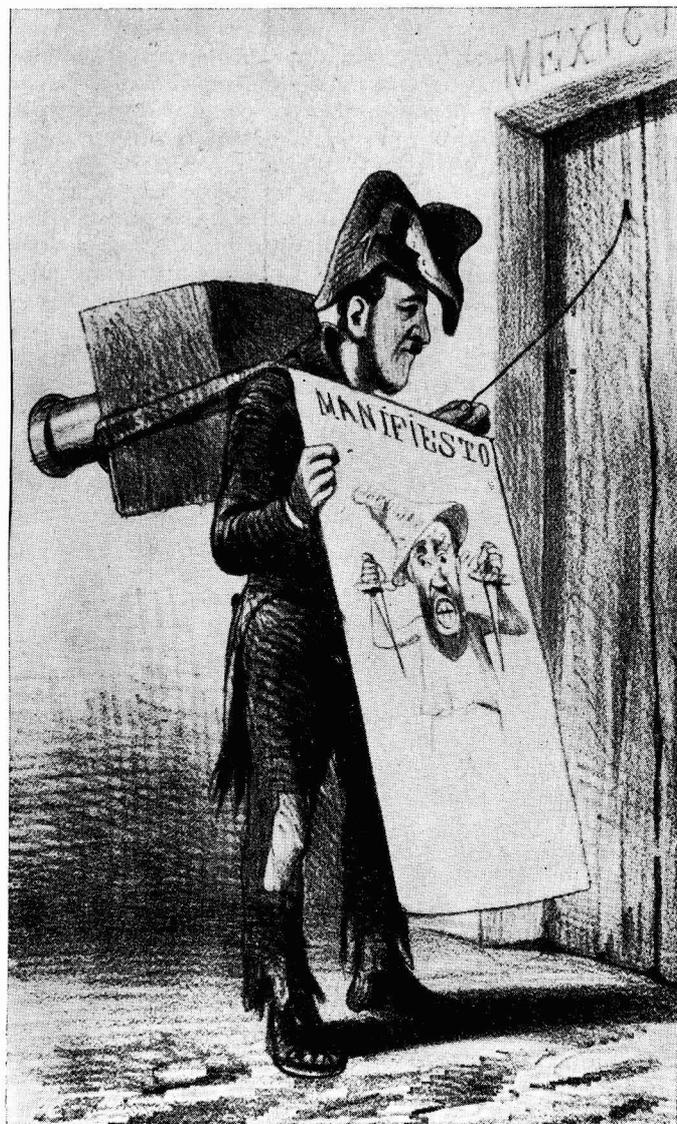
Veracruz ofreció a Roze el primer contacto con una ciudad mexicana. Describe en una de sus cartas, sus calles, sus plazas y sus zopilotes. San Juan de Ulúa le hace recordar, pues todo francés tiene una precisa conciencia histórica, el bombardeo con que sus compatriotas le afligieron en 1838. Lamenta, también, que la obligación de estar en el campamento a horas precisas le impida no contemplar a las veracruzanas, "quienes como las mujeres árabes no salen de sus casas o lo hacen tarde, luego que la frescura de la tarde y el perfume de la brisa marina las conducen a pasearse por las bellas calles".

Pocos días permanece Roze en las tierras cálidas. El clima malsano y el temor a la fiebre amarilla y al vómito negro forzaba a las tropas intervencionistas a alejarse pronto de la costa. Así, después de fatigantes marchas por las sabanas, venía el ascenso por el camino de Jalapa y Perote, hasta llegar a la meseta poblana. En una carta escrita en Perote, informa del número considerable de compañeros enfermos que le acompañaban, y a los pocos días, ya frente a Puebla, la ciudad que había quebrantado el orgullo francés, redacta otra carta que empieza por las siguientes palabras: "¡Al fin henos pues delante de la famosa Puebla, la cual según los mexica-

\* Fragmento de un libro en preparación.



Napoleón: —Vamos, general, aprisa que os ganan la partida  
Forey:—Ah, señor, yo quisiera veros en mi lugar



Los conservadores pintados por ellos mismos. La necesidad tiene cara de hereje

nos debe ser la tumba de los franceses. Desdichados cuyas esperanzas se quebrantarán!"

Es a partir de ese momento que sus cartas adquieren un relieve excepcional. En ellas vuelca su entusiasmo y también su falta de comprensión ante los fenómenos mexicanos, mas pese a todos sus prejuicios México le entusiasma y atrae. Sus pueblos y ciudades tienen para él algo de incomprensible y las costumbres de sus habitantes más aún. Su largo recorrido por nuestra patria, pues va hacia el norte y hacia el sur, le permite apreciar al país y admirar no sólo su vastedad y diferencias, sino también su sentido de la vida y forma de expresarla. Refiere a su padre la indumentaria y el proceder de "los pelados" y la conducta y manera de ser de la "gente bien".

Con deleitable paciencia describe los monumentos mexicanos y lleno de juvenil entusiasmo a las "señoritas mexicanas", a quienes encuentra una gracia peculiar y muy notables atractivos. Habla de los militares mexicanos que defendían a su país, así como de los colaboracionistas, y pinta con vivos colores muy importantes acciones guerreras en las que tomó parte. En fin, nos deja en sus epístolas familiares un testimonio fresco y vigoroso de la Guerra de Intervención, sin que en él actúe ni el odio, ni la pasión, ni los intereses crematísticos de sus dirigentes. Su juicio es el de un soldado que cumple sus deberes, y el cual en la tregua de la guerra entretiene sus ocios, narrando en silencio a los suyos, a través de una bella escritura y un fragante estilo, la impresión que el México intervenido y las campañas que los franceses hacían en él, le produjo.

Vuelto a Francia en 1866, retoma las cartas escritas, las lee con amorosa nostalgia y en algunas de ellas intercala, a base de numerosas lecturas, descripciones más pensadas y amplias, aun cuando no tan espontáneas como las primeras. México había ganado su simpatía y él trataba de borrar algún juicio ligero e injusto que le hubiera brotado. Si en sus cartas encontramos opiniones diversas a las nuestras, esto se debe más a la comparación que él establece con un modo de ser completamente diferente al suyo y no a un criterio prejuiciado. El valor de su obra se aquilata cuando sus cartas se conocen en su integridad y no en forma fragmentaria.

Poco más que maduro se retira, pensionado, a una casa de descanso en Saint Florentin, impropia para él, y tan lo era que sale de ella para instalarse en un modesto hotel. Sesenta y dos años tenía en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Por entonces desaparece de esa localidad y nada se vuelve a saber de él. La guerra que veía venir nada tenía de común con la juvenil aventura que emprendió en México, y de la cual, si no obtuvo ascensos ni gloria, tampoco sacó herida alguna grave, sino una serie de recuerdos muy entrañables, que le hacían revivir sus, ¡ay!, bien pasados veinte años, en los cuales soñaba en convertirse en plantador de tabaco y cosechero de racimos de plátanos.

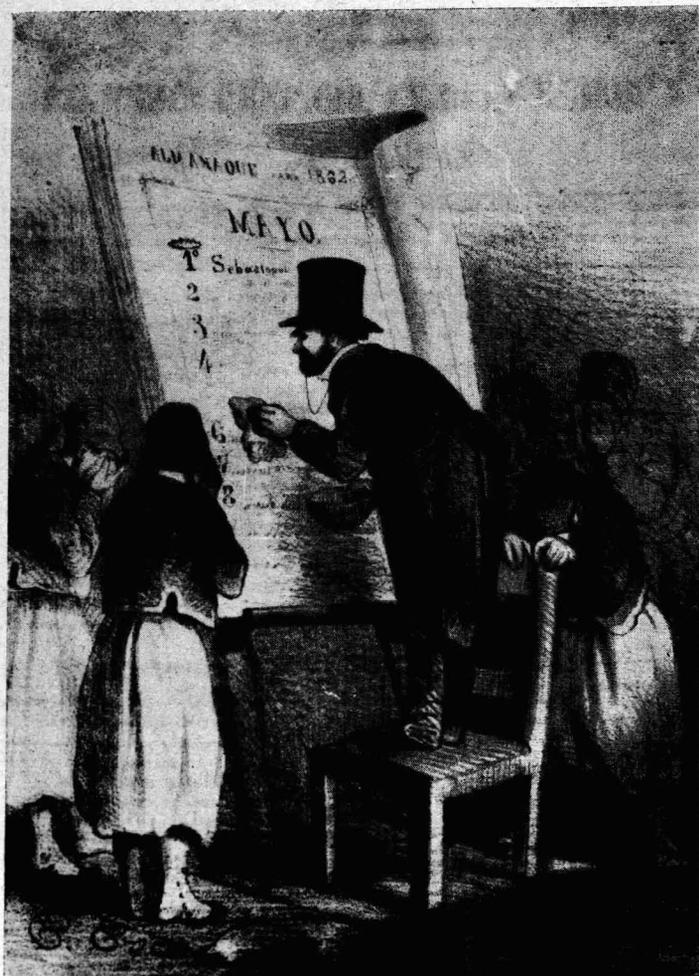
Una de sus primeras cartas mexicanas, escrita en Perote en la Navidad de 1862, es la que ofrecemos en seguida. A través de ella podemos saborear las impresiones que el México de entonces ofrecía a un joven zuavo intervencionista y escritor.

"Perote 25 de diciembre de 1862

"Querido padre:

"Aprovecho algunas horas de supuesta tranquilidad, pues si somos sorprendidos de un momento a otro debemos irnos o salir en caso de ataque, para responder tu carta del 13 de noviembre recibida el 18 de éste, día que podrás considerar memorable. En ésta te acuso recibo de los veinte francos que me enviaste y que cobraré, sabe Dios cuándo. Aquí voy a seguir la narración a partir de Alvarado, para describirte lo mejor posible el camino recorrido a partir de mi última.

"Salidos de Alvarado el 21, nos dirigimos hacia Medellín y a Veracruz en donde estuvimos cuarenta y ocho horas. De ahí marchamos a dormir en Santa Fe, pueblecillo en el camino de Orizaba y después a Tejería hasta donde llega el ferrocarril. De ese punto nos separamos de la ruta de Orizaba, escoltando los víveres hasta Jalapa. Los poblados vistos antes de llegar a esta ciudad no presentaron interés alguno, a no ser Puente Nacional, en donde el Séptimo Batallón de Cazadores de Infantería y dos escuadrones del Doceavo de Cazadores de Francia sufrieron un ataque que les valió obtener dos cruces y una medalla militar. También Plan del Río, en donde el Doceavo de Cazadores persiguió al enemigo y le arrebató un obús de montaña. Estas tropas formaban parte de la Brigada Berthier. Los diarios te darán mayor información que yo, no cabe duda. Finalmente nosotros nos unimos con el general Bazaine y esa Brigada en Jalapa, hermosa ciudad



—No os aflijáis amigos míos: yo repararé el mal que he hecho borrando del almanaque el 5 de mayo

que puedes comparar con Lyon, desde la plaza de toros hasta lo alto de la Cruz Roja.

“Desde el primer momento sus habitantes creyeron en las proclamas del enemigo, y se figuraban que los zuavos eran árabes que no conocían más que el pillaje y matar y devorar a las mujeres y a los niños. Así, a medida que entrábamos a esa hermosa y bella ciudad, las puertas y las ventanas se cerraban delante de nosotros, pero nuestra conducta durante los pocos días que ahí estuvimos les convenció por completo de nuestra manera de ser. De ahí en adelante se veía a todos sus habitantes pasearse por los campos. Te aseguro que el bello sexo no falta y que ninguna potencia puede aquí rivalizar. Yo no había visto nunca tantas mujeres bellas, ni tampoco tantos varones tan bien parecidos. Aquí se encuentra todo lo que es necesario, aun cuando muy caro.

“Aquí fue donde encontramos al general Márquez con las tropas bajo sus órdenes, enemigos feroces y sanguinarios de Juárez, y quienes recíprocamente han puesto a precio sus cabezas.

“Partimos de Jalapa el 15 de diciembre formando una columna compuesta del Segundo Batallón de Zuavos, del 51 y del 7º Batallón de Cazadores de Infantería, de dos escuadrones de caballería, una batería de montaña, una sección de campaña y tres grupos de artilleros dirigidos por el general Bazaine y el general de brigada Berthier.

“El primer día acampamos en una pequeña aldea enteramente desierta, pero con un clima por completo opuesto a aquel que habíamos dejado. Así fue necesario demoler las casas de madera para calentarnos. Al siguiente día, en medio de una neblina espesa y fría, y siempre ascendiendo, nos pusimos en marcha y acampamos una hora después de las doce en otra aldehuela en la cual hicimos una razia de marranitos que cinco minutos después, cocidos en su propia grasa, saltaban en nuestras marmitas. Otro día, y hasta ese momento el enemigo había huido siempre ante nuestra vista, entre una niebla de lo más espeso avanzamos lentamente y fuimos obligados a detenernos en un alto bastante prolongado, durante el cual sin ocuparnos de la presencia del enemigo, nos dedicamos a la búsqueda o, en términos militares, al merodeo. La compañía tropezó con unos sesenta cochinos que al menor movimiento se precipitaron sobre la población. Nosotros llevábamos los sables y nada fue más curioso que ver un batallón de zuavos persiguiendo cochinos sable en mano. Aquellos, una hora después, estaban por completo engullidos en el abdomen de esos feroces soldados, según Juárez.

“La tarde fue diferente, pues después de haber atravesado una colina defendida por baterías y trincheras abandonadas proseguimos la marcha, la cual fue detenida por unas guerrillas, las que después de haber dejado pasar a la vanguardia dispararon sobre el general Bazaine, mas la bala a él dirigida tocó a un capitán de Estado Mayor, que herido en la cabeza va a morir pues el doctor no responde por su vida. Los bribones, perseguidos por el 7º Batallón de Cazadores de Infantería, perdieron a uno de sus principales jefes, hijo de una honorable familia vecindada en Perote y a algunos otros hombres; pero este ataque no era sino el prelude de una acción más importante que hubo al día siguiente. En efecto, partimos de ese pueblo un poco tarde a causa de la bruma, del frío y del lodo, y después de haber tenido otro descanso bastante prolongado en el cual los cochinos nos sirvieron nuevamente de almuerzo, nos pusimos en marcha. A la salida de un bosque se podía ver algo parecido a un grueso conjuntivo de tropas enemigas emboscadas, las cuales lanzaron una viva descarga de fusilería sobre la vanguardia compuesta de la caballería de Márquez, el 12º de Cazadores y la 2ª Compañía de mi batallón. Mataron varios jinetes, mas el resto fue perseguido.

“Como la planicie estaba recta, sin más obstáculo que la niebla . . . y después de haberles muerto unos sesenta hombres, dejamos por tierra nuestra impedimenta y fuimos a desalojarlos de la población, en donde matamos aún a algunos hombres y herimos a muchos más. A las cuatro llegamos a ocupar el pueblo Cerro de León a diez kilómetros de Perote.

“Al día siguiente, una vez que la niebla levantó y el tiempo pareció favorecernos, esperábamos la defensa del fuerte, del cual distinguíamos sus murallas, mas cuál no sería nuestra cólera una vez que nos aproximamos, al encontrarlo vacío y destruido en varios sitios por las minas. A un disparo de cañón de la ciudad nos detuvimos y ante nosotros llegó una diputación. Habiendo salido de la ciudad las tropas de Juárez, tres cuartos de hora después entró en ella toda la columna, menos mi batallón, que tomó posesión del fuerte.

“Es imposible, querido papá, describirte el edificio grandioso, sólido y magnífico de esa fortaleza hoy en ruinas, incendiada y minada por diversos sitios. Tan pronto entramos en ella, trabajamos en reparar sus defensas para impedir el acceso por las brechas, en limpiar la cisterna llena de una verdadera masa de mugre, reemplazar el puente levadizo y adaptar las habitaciones que deberían servir de hospital y almacenes. En cuanto a la población, no es nada. De sus 99 habitantes, 90 son nuestros enemigos y han dado muerte a dos o tres soldados del 51 que venían de ahí al fuerte. Todos los días hay arrestos y diariamente nos combaten. Ayer esperábamos un ataque nocturno de las guerrillas, que querían recobrar a toda costa a uno de sus jefes detenido y herido en el incidente del 18 delante de Perote. Hoy el enemigo llegó a tres kilómetros de la población en un reconocimiento. Seis compañías de dos piezas de artillería partirán en caso de ataque y nosotros también deberemos partir.

“Tú podrás ver que hemos avanzado bastante — a doce horas de Puebla y ya muy lejos de Orizaba. Esperamos la Brigada Douay, que viene de Orizaba, la cual empuja al enemigo. Nuestras pérdidas del 17 y del 18 son mínimas, no tenemos sino un caporal herido. En fin, esperamos y aguardamos el día en que debamos derigirnos sobre Puebla. En los muros del fuerte y en todos lados han escrito: ‘Puebla. Muerte a los Franceses. Muerte a Napoleón III y a la emperatriz su madre’.

“Si hoy día nos encontramos mucho mejor, podrás sin embargo imaginarte lo que hemos sufrido, los males que destruyeron la salud de nuestros compañeros, el hambre, la sed y el calor que fueron nuestros aliados durante seis semanas. Hoy día, en que nos hallamos a dos mil metros arriba de Veracruz, sufrimos frío. Los víveres no faltan, y aun cuando el pan sea de cebada y el bizcocho esté duro, de nada carecemos. En cuanto a mí, no me he desmoralizado jamás ni he tenido el menor contratiempo ni el menor rasguño. ¡Espero que siempre sea así!

“Sería de un mal hijo terminar esta carta sin enviarte mis mejores deseos por el Año Nuevo, así como a mi madre, que debe atormentarse bastante. Pero en fin, mi destino hasta hoy día no me ha sido sino favorable.

“No olvido ni a Berta ni a Celina.

“Termino abrazándote con todo mi corazón y rogándote seas el intérprete de mis buenos deseos ante toda la familia.

“Tu hijo que te ama, Auguste.

“Presenta mis respetos a los señores Pruneau, Huchard y Matheluis. Recibí dos cartas de Guarrie, una fechada el 2 de agosto procedente de África, y la otra del 11 de noviembre.”